

EXPEDICIÓN DE MÉXICO*

El *Monitor* del 24 de enero ha publicado la siguiente correspondencia fechada en Veracruz el 20 de diciembre último, que contiene noticias que pueden llamarse oficiales sobre la entrada en esa ciudad de las tropas españolas. Dice así:

«El 8 de diciembre por la mañana, la ciudad de Veracruz se puso en conmoción a causa de la presencia de una división naval española, compuesta de dos fragatas y de nueve transportes de vapor. La impresión producida por la llegada de estas fuerzas en la rada de Sacrificios fue tanto más viva cuanto que se tenía la fundada esperanza, si no de evitar la intervención extranjera que amenazaba, al menos de aplazarla aún mediante negociaciones diplomáticas que hubieran dado tiempo para prepararse a la defensa. Estas ilusiones debieron desaparecer ante la realidad, y un verdadero pánico sucedió de repente a la inexplicable confianza en que se había permanecido. Desde luego se temió un ataque inmediato: se cerraron las verjas de hierro del puerto y, mientras la población se precipitaba hacia las puertas que dan sobre el campo, la autoridad disponía apresuradamente la recogida del material de guerra.

La ciudad se puso en estado de sitio y la guardia nacional fue convocada a toda prisa. La agitación se calmó algún tanto cuando se vio a la escuadra española ir a tomar en buen orden el fondeadero de Antón Lizardo, a doce millas de la ciudad. Sin embargo, por la noche hubo una especie de motín, y el Gobierno, habiendo hecho traer al muelle la barca española María Concepción, cogida el año anterior, el populacho la prendió fuego. Durante el día y los siguientes se continuó el desarme del fuerte de San Juan de Ulúa. De las 132 piezas de artillería que contenía, se evalúa en 50 o 60 el número de aquellas que han sido desmontadas.

El día 10 por la mañana fue a unirse con la división anclada en Antón Lizardo la segunda división española compuesta de 13 buques de guerra y de varios transportes de vela. Al día siguiente, el jefe de la escuadra, señor Rubalcaba, anunció a los capitanes de los buques franceses La Foudre y L'Ariadne, anclados en la rada de Sacrificios, su intención de intimar al gobernador de Veracruz que le entregase la ciudad y el fuerte de San Juan de Ulúa, declarando que si en el término de veinticuatro horas no recibía una respuesta satisfactoria, tomaría la plaza a viva fuerza y haría caer la res-

* s. f., «Expedición de México», *El Correo de Ultramar*, XIX, núm. 474 (1862), pp. 81-82; núm. 475 (1862), p. 103; núm. 484 (1862), p. 251; núm. 485 (1862), pp. 259-262. IIs.
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709699
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709700
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709709
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709710

ponsabilidad de los hechos sobre quien le correspondiese. Al mismo tiempo, se convino entre el jefe español y el comandante de La Foudre que, hasta la llegada del comandante en jefe de las fuerzas francesas, las tropas de su majestad católica tomarían bajo su protección a los súbditos franceses y sus propiedades en todos los puntos del país mexicano ocupado por el Ejército español. [...]

El capitán Vandonop, comandante de L'Ariadne, se asoció también respecto a su país a las condiciones estipuladas por el comandante de La Foudre, y hallándose como este falto de instrucciones precisas de su Gobierno, creyó deberse abstener de unirse a las fuerzas españolas para el ataque de Veracruz. Este ataque, sin embargo, no debía tener efecto, pues, el día mismo que había tenido lugar la entrevista a bordo de La Foudre, una proclama del general mexicano anunció el próximo abandono de la ciudad y prohibió a los habitantes que suministrasen víveres a los españoles.

Obligado dos días a la inmovilidad a causa de un viento norte, el general Rubalcaba no pudo hasta el día 14 hacer llegar al gobernador de la plaza la intimación de que se rindiera. Así que este documento fue conocido en la ciudad, se apresuró su evacuación. El general mexicano Uruga, nombrado hacía poco tiempo comandante del Ejército oriental, se había apoderado la víspera de todos los caballos y había obligado, bajo pena de muerte a todos los propietarios de ganados de los alrededores, a que los internaran a ocho leguas al menos de Veracruz.

Los caminos estaban cubiertos de carros y de fugitivos que huían con un terror irreflexivo. En el interior de la ciudad las casas estaban defendidas por barricadas y los extranjeros esperaban ser saqueados a cada momento.

El día 15 fue transmitida al comandante español, por mediación del cónsul de Francia y del comandante de La Foudre, la respuesta de las autoridades mexicanas a la intimación. En ella se decía que la ciudad y los fuertes quedarían evacuados a las doce del mismo día.

En cuanto recibió esta respuesta el comandante español, abandonó el fondeadero de Antón Lizardo y a las cuatro de la tarde ancló delante de Veracruz, cuya población, agrupada en los terrados de las casas, esperaba con una especie de inquieto deseo la llegada de los españoles. Una diputación del Ayuntamiento se disponía a ir a abrir las puertas de la ciudad, pero el tiempo, que durante el día había sido favorable, se cerró y no pudo efectuarse el desembarco.

El 16, el comandante español se adelantó hasta ponerse bajo el fuerte de San Juan de Ulúa, a bordo de la fragata de vapor Isabel la Católica, a la que se unió por la tarde el Francisco de Asís, en el que iba el general Gasset.

El 17 por la mañana, los españoles entraron en la ciudad. En ella y en el fuerte encontraron cañones que ni aun habían sido clavados, municiones y un material considerable. A las doce del día, el pabellón español izado sobre Veracruz fue saludado con 21 cañonazos por el navío comandante.

Desde entonces, los españoles trabajan en organizarse y desembarcar poco a poco sus tropas y municiones, pero la proclama del general Uruga, que declaraba traidores a la patria y amenazaba con pena de muerte a todos los mexicanos que quedasen al lado del enemigo, ha hecho salir a la mayor parte de los habitantes fuera de la ciudad.

Los viajeros llegados de México han encontrado los caminos llenos de carros abandonados, de cañones arrojados en los fosos, de bagajes y de soldados sin armas, sin vestidos y sin pan.

Bajo la influencia de esta miseria y de la irritación que produce, todo el mundo esperaba ver levantarse partidas de guerrillas que cometieran toda clase de excesos y contra los que la llegada de las fuerzas francesas e inglesas son, a juicio de la población, la garantía más segura y más de desear.

La posibilidad de una modificación en el régimen político del país se presenta a muchas personas como el único momento de librarle de una vez para siempre de una anarquía intolerable, y hay razones para creer que la parte honrada y pacífica de la nación acogerá favorablemente en las circunstancias actuales cualquier medida que, respetando su independencia y no hiriendo su amor propio, tienda a dotar a México, de un modo estable, de condiciones de orden y de seguridad. El ministro de Francia en México llegó el 16 de diciembre a Veracruz y se embarcó el mismo día a bordo de la fragata La Foudre».

La Francia acaba de dar por su parte a la expedición de México un desarrollo inesperado en cierto modo; sus proporciones se han aumentado considerablemente. He aquí el cuadro del cuerpo expedicionario que ha publicado el *Monitor del Ejército*:

Comandante, general de brigada Latrille de Lorencez.

Jefe de Estado Mayor, el coronel Letellier-Valazé.

Jefe de artillería, el comandante Michel.

Comandante de ingenieros, el capitán Le Bescond de Coatpont.

Jefe del servicio administrativo, el subintendente militar Raoul.

Primer pagador, monsieur Louet.

Jefe del servicio de sanidad, el primer médico monsieur Lallemand.

Tropas del Ejército de Tierra: el primer batallón de cazadores de infantería (plana mayor y dos batallones), coronel monsieur L'Heriller.

El regimiento núm. 2 de zuavos (plana mayor y dos batallones), coronel monsieur Gambier.

El regimiento núm. 2 de cazadores de África (un escuadrón).

El regimiento núm. 9 de artillería (1ª batería).

El primer escuadrón del tren de artillería (1ª sección).

Regimiento núm. 2 de ingenieros (1ª sección).

Escuadrón núm. 3 del tren de equipajes militares (1ª compañía ligera).

Una sección de obreros de administración y de enfermeros militares.

Tropas del Ejército de Mar: un regimiento de infantería.

Una batería de artillería.

Una partida de gendarmes sacados de las compañías de las Antillas.

En suma, el efectivo general debe llegar a 9.000 hombres, de ellos 8.000 combatientes secundados por una armada poderosa a las órdenes del entendido y experimentado marino contraalmirante Jurien de la Gravière (Juan Pedro Edmundo).

Monsieur Jurien de la Gravière nació el 19 de noviembre de 1812. Su padre, vicealmirante, fue llamado a la Cámara Alta por Luis Felipe.

En su hoja de servicios se lee:

Entrada en la Marina: 19 de octubre de 1828.

Alférez: enero de 1833.

Teniente de navío: 10 de abril de 1837.

Capitán de corbeta: 31 de julio de 1844.

Capitán de navío: 21 de octubre de 1850.

Contraalmirante: 1 de diciembre de 1855.

Después de haberse distinguido en el mando de varios buques, fue nombrado durante la guerra de Crimea comandante de Estado Mayor del vicealmirante Bruat, y tuvo a sus órdenes en 1859 una división naval en el Adriático. Posteriormente ha sido miembro del consejo del almirantazgo, segundo comandante de la escuadra de evolución, presidente de varias comisiones, etc.

Por último, monsieur Jurien de la Gravière es gran oficial de la Legión de Honor desde hace algunos días, y tiene condecoraciones de distintos países extranjeros.

Con su retrato damos también en este número el del señor capitán general Serrano, que manda en la actualidad en la isla de Cuba y que ha tomado una parte muy principal en la expedición de México organizando y enviando a Veracruz las fuerzas españolas. El general Serrano es uno de los jefes más distinguidos del Ejército español, y en atención a sus méritos y servicios ha sido elevado últimamente a la dignidad de duque.

EJÉRCITO MEXICANO

El Ejército mexicano se compone de tropas regulares y de guardias nacionales. La organización de la tropa regular deja mucho que desear. El reclutamiento no se hace por medio de sorteos, sino por levas.

Para las levas hay una comisión nombrada por el gobernador de un Estado o por los jefes de cuerpo y que tiene el encargo de enganchar, por voluntad o por fuerza, a todos los hombres que halla en la vía pública, salvo al hombre decente o de levita, a los aguadores, a los mozos de cordel y a los extranjeros. El hombre del pueblo es el único que debe sufrir esta tiranía, y sin hacer resistencia o tratar de huir, pues los agentes tienen armas ocultas y derecho de vida o de muerte. Sin embargo, jamás pueden traspasar los umbrales de una puerta. Así sucede que en los días de reclutamiento se ven pocos hombres del pueblo en las calles, y cuando salen tienen cuidado de observar dónde hay una puerta abierta para refugiarse en el caso de verse amenazados por la leva.

Es verdad que la carrera de las armas no ofrece grandes ventajas a estos pobres diablos. La mayor parte casados (los mexicanos se casan muy jóvenes), se encuentran de repente separados de sus mujeres y sus hijos, con la triste perspectiva de no recibir sino rara vez los medios con que han de atender a su sostenimiento y el de sus familias. De aquí sus desertiones, de que se hacen culpables a la primera ocasión, a riesgo de recibir una senda paliza si logran capturarlos.

Sobre todo para la mujer es un momento de terrible prueba: obligada por lo común a seguir a su marido en campaña, cargada con los utensilios de cocina y a veces con un hijo a la espalda, cubierta de polvo, tostada por el sol y extenuada de fatiga, se ve en la precisión, al cabo de una marcha larga y penosa, de buscar y encender leña cuando se hace alto para preparar la comida de la familia ambulante. Únicamente después descansará. ¡Y Dios sabe en qué cama!

El soldado mexicano es sobrio y no suele tomar por todo alimento más que unas tortas de maíz molido y cocido ligeramente. En el camino se quita la sed chupando un pedazo de caña dulce, y soporta con valor y resignación las mayores fatigas y privaciones. Sereno en la pelea, sin temor al peligro y a veces entusiasta, podría formar un excelente ejército si tuviera mejores jefes.

Las guerras civiles han producido muchos oficiales, pero en lo general no poseen bastante los conocimientos del arte militar para guiar y mandar al soldado.

Todo mexicano es guardia nacional, y los jefes son elegidos por escrutinio. En campaña los paga el Estado. Para eximirse del servicio basta satisfacer, según los recursos de cada cual, una suma que fija una comisión y que varía de 2 reales a 15 pesos por mes.

La guardia nacional está destinada a mantener el orden y a prestar ayuda si es necesario para hacer ejecutar las leyes y decretos del Gobierno supremo, pero puede ser movilizada por una votación del Congreso del Estado a que pertenece.

El Ejército mexicano, contando las tropas regulares y los guardias nacionales, puede elevarse fácilmente a la cifra de 150.000 hombres.

El guerrillero es el verdadero soldado nacional. El mexicano, acostumbrado desde su infancia a montar a caballo, es por punto general muy buen jinete. Esa tropa irregular, que marcha por partidas de 400 a 500 caballos, puede sin embargo cansar y batir en detalle a un cuerpo de ejército, compuesto de los mejores soldados en un país cubierto de montañas y desprovisto de agua como México. El caballo mexicano lleva a su jinete desde el amanecer hasta por la noche, a veces sin comer ni beber en todo el día; y algunos puñados de maíz y un poco de agua bastan para que en la jornada siguiente pueda hacer otro tanto si es preciso. El guerrillero conoce los países más impracticables, sabe en dónde brota agua manantial, se alimenta de maíz como su caballo y canta pensando en su amada, sin otros cuidados sobre su porvenir.

Los regimientos de tropas mexicanas regulares o de guardia nacional no tienen números: llevan el nombre de sus jefes o el del lugar en donde han sido formados, o también el de algún valiente muerto combatiendo por la independencia de la patria.

L. L.

Damos en la página siguiente un dibujo que representa el campo de los franceses en la Tejería (México).

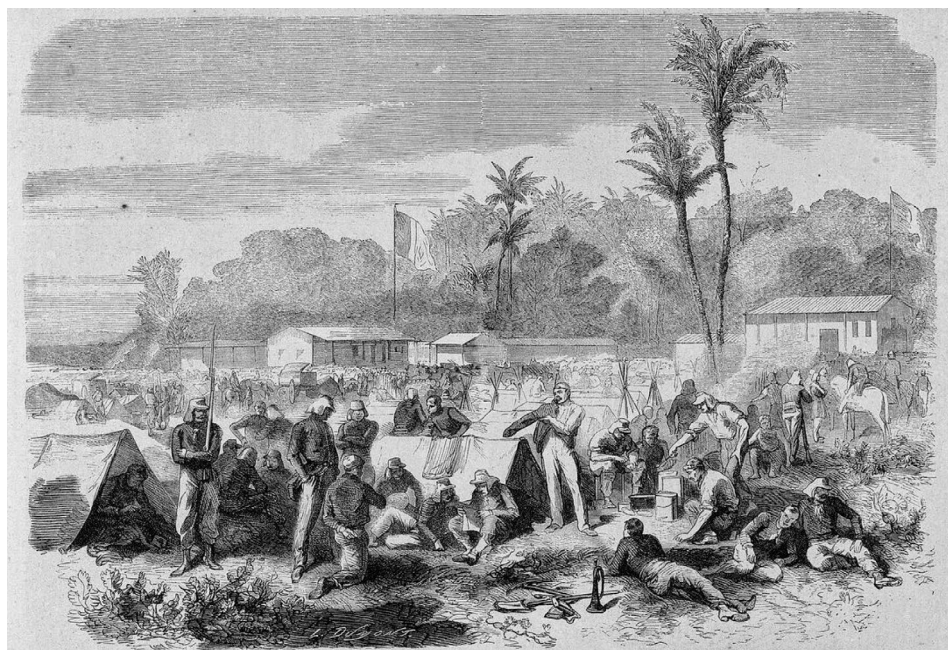


Fig. 30. *Campo de los franceses en la Tejería (México)*, p. 260.

Las tropas francesas se hallan en las mejores condiciones de sanidad y tienen provisiones de víveres frescos, pues el general en jefe mexicano permite ahora que los reciban de las localidades del contorno. A pocas millas de la Tejería está el cuartel general de las avanzadas del Ejército mexicano. Pasando por Soledad, punto donde se ha firmado un convenio preliminar no aprobado por la Francia, se llega al Chiquihuite, principio de las cordilleras donde ha establecido sus obras de defensa el cuerpo de ingenieros mexicanos. [...]

He aquí las últimas noticias que nos ha traído de México el *Eco de Europa* de 27 de febrero, diario que se publica en Veracruz desde que llegaron a esta ciudad las tropas aliadas:

«Ayer por la mañana llegó un extraordinario de México con la respuesta del Gobierno que esperaban los aliados, reducida a manifestarles que el presidente de la república ha ratificado el Convenio de la Soledad.

Ya saben nuestros lectores que la sustancia de este convenio es que las fuerzas expedicionarias de España, Francia e Inglaterra pasarán a ocupar las poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán y sus radios naturales mientras duran las negociaciones para un tratado definitivo, a las cuales se procederá inmediatamente en Orizaba.

El Gobierno ha expresado en sus comunicaciones el deseo de que se le devuelva la aduana de Veracruz. Este asunto está pendiente de contestaciones amistosas; pero a juzgar por la buena armonía que reina ya entre los representantes de las tres potencias